

Páginas de ejemplo del tercer capítulo

Una tarde de sábado, recién empezado septiembre, me puse a ver una película que trataba de unos inmortales que luchaban entre sí para absorber la fuerza del inmortal derrotado. Eran unos pocos. El protagonista era un escocés que vivía en el ocaso de la Edad Media cuando adquirió la capacidad de no morir excepto si su cabeza era separada de su cuerpo. Los paisajes de la película y las escenas de los mercados medievales junto a la maravillosa música que los acompañaba me hicieron desear estar allí y ver cómo sería la vida en aquella época.

De forma totalmente inexplicable aparecí, de repente, en medio de un campo verde sin ninguna construcción, digamos, moderna. Un camino sinuoso serpenteaba por una loma coronada por una pequeña casa de piedra. Su chimenea humeante daba al lugar un aspecto de cuento de hadas. Tras de mí, el camino se internaba en un espeso bosque de frondosas copas. A lo lejos, más allá de una suave colina, se divisaba una pequeña ciudad que parecía estar amurallada, si mi vista no me engañaba. Sentí poco menos que terror por no entender qué estaba pasando. Valoré la posibilidad de que me hubiera quedado dormido en el sofá y estuviera soñando, eso sí, de una forma muy vívida. Me pellizqué y me froté los ojos sin encontrar ningún signo de irrealidad.

Rápidamente asocié este fenómeno con la experiencia que había tenido meses atrás con los militares. No podía ignorar la posible relación entre dos cosas tan inusuales acontecidas en tan corto espacio de tiempo. Quedé varios minutos sopesando las opciones que tenía, quieto en mitad de aquel campo, inmóvil ante la certeza de que aquel momento implicaba un nuevo orden en mi vida.

A lo lejos divisé, en otro camino que no había advertido, un carro tirado por bueyes que transportaba unos sacos marrones. Me escondí tras unos arbustos que había cerca y esperé acontecimientos. El hombre que dirigía el carro lo detuvo al llegar a la casa; de esta salió, al momento, una señora con ropajes andrajosos que se subió al vehículo después de arrimar la puerta. Una vez perdí de vista el carro mi miedo me permitió, a duras penas, acercarme a la casa. Me aseguré de que no se oyera nada. Traté de abrir la puerta lentamente, esta cedió con facilidad y entré sigilosamente, asegurándome de que no hubiera nadie. Ningún objeto que encontré allí sugería que

estuviésemos en el siglo XXI, ningún rastro de modernidad. Nada. Ni libros, ni relojes, ni bolígrafos, ni mecheros, ni electricidad, nada de papel ni de plástico. Me encontré realmente asustado por el cambio repentino de lugar y de tiempo. ¿Qué estaba pasando? Había deseado estar en un sitio así y lo había conseguido, sin más. Debía haberme vuelto loco. Debía estar delirando, incluso era posible que estuviese en un manicomio desde hacía unos meses viviendo mis propias paranoias. Como un cencerro.

El desasosiego que sentí en aquel momento me hizo desear estar en mi casa otra vez sentado en el sofá viendo la película... ¡Zas!, deseo cumplido. De forma inmediata aparecí en mi sofá. La película sobre los inmortales seguía su curso en la televisión, la escena seguía siendo la del mercado medieval.

No hace falta decir que la película dejó de ocupar un espacio en mis divagaciones. Traté de poner en orden las posibilidades que mi mente asustada ofrecía. Diciéndolo de forma extremadamente resumida, podría haber realizado un viaje en el tiempo con tele-transportación incluida.

Con una extraña sonrisa en mi cara decidí razonar que había deseado viajar al siglo XV y aparecer en Escocia, y lo había conseguido. Después quise volver a casa y, oye, ningún problema. Se me antojaba ahora retroceder en el tiempo hasta el momento del Big Bang. No, mejor no.

No pude menos que volver a relacionar esta locura con la historia del grupo militar y el vertedero. ¿Sería esto el experimento que hicieron conmigo? Cabía la posibilidad de que creyeran que habían fracasado pero que en realidad no fuera así. Quizá no detectaron que el experimento había sido un éxito, que la capacidad que intentaron asignarme no se manifestaba más que a través de mi deseo, de forma consciente y voluntaria.

Demasiada locura para mí. Me metí aterrado en la cama, con verdadero pavor a desear cualquier viaje a cualquier tiempo, a cualquier lugar.

¿Qué habéis hecho conmigo? ¿Por qué yo?

Pasaron varios días de confusos pensamientos, hasta que una mañana me levanté decidido a echarle valor al asunto. Si realmente había adquirido aquella capacidad, si mi

condición actual era de esa naturaleza, debía al menos sondear sus posibilidades. No, no quería ir a matar a Hitler ni nada por el estilo, no quería cambiar los grandes acontecimientos de la historia.

Empecé probando, con gran temor, viajes sencillos a días anteriores y a lugares conocidos, para coger práctica y verificar la ausencia de peligro o de efectos secundarios producidos por la nueva capacidad. Todo iba bien. Cuando conseguí adquirir cierta soltura y fui perdiendo el miedo a mi nueva condición, continué viajando a épocas más alejadas de la actualidad, a acontecimientos reflejados por los historiadores: la crucifixión de Jesucristo, cuánto sufrió aquel hombre; la conquista de Tenochtitlan, una carnicería perpetrada por un puñado de genocidas; la guillotina de Luis XVI, cómo disfrutaron los revolucionarios; el sitio de Stalingrado, las horas allí no pasaban, no caían; Aníbal cruzando los Alpes; los viajes de Marco Polo, el tío del famoso comerciante me miraba con gran desconfianza; el Coliseo romano, hordas de humanos disfrutando del asesinato de un gladiador condenado, que era desollado por un tigre traído del otro lado del mundo; el navegar de la Santa María, Colón me pareció estúpidamente enigmático pero con una fe inquebrantable; los conciertos de Mozart en Viena, ¡qué loco más entrañable! ¡Qué loco!; y un largo etcétera que hizo que viera la historia y la humanidad desde una perspectiva única e inigualable. Tomé, cuando pude, notas precisas sobre lo que percibía en cada viaje para contrastarlas con lo que se había escrito hasta el siglo XXI. En cuanto a los viajes al futuro, lo dejo para otra historia. Son, aunque no lo parezca, mucho más interesantes que los viajes al pasado.

Así pasé largos años, haciendo turismo temporal de forma secreta. Me marqué cuatro normas de obligado cumplimiento. La primera, no debía correr ningún peligro de ningún tipo. Bajo ningún concepto aceptaría el menor riesgo, al mínimo problema desearía volver a mi presente y aparecería en mi sofá. La segunda, no dejaría ninguna huella, en la medida de lo posible, de mi presencia en el pasado. No tenía ninguna intención, de momento, de cambiar el curso de la línea temporal que había vivido. La tercera, un absoluto secreto debía reinar en mi condición de viajero en el tiempo, no fuera a ser que los americanos del experimento notasen algo y quisieran volver para analizarme y para continuar experimentando conmigo. Y por último, no debía ir a verme a mí mismo en alguna época pasada, aunque esto me atraía de tal forma que no

estaba seguro de poder conseguirlo. Ya me rondaba la cabeza la idea de presentarme en frente de mi casa años atrás y hacerme pasar por vendedor o algo parecido para hablar conmigo mismo sin que mi otro yo se diera cuenta. También pensaba en ir a ver a mi madre cuando estaba viva, decirle cuánto la había querido aunque de joven no se lo dijera. Pensé, incluso, salvarla de aquel accidente que se llevó su vida y un trozo de la mía. Totalmente descartado.

Y no, tampoco quería poner a prueba las paradojas temporales sobre viajar al pasado y matar a mi propia abuela para ver si yo dejaba de existir en mi presente.

Pensaba ser un viajero bastante cauto hasta que, muchos años después, decidí viajar a la época en la que aquella chica me había impactado de tal forma que, en lo sucesivo, soñé con ella de mil maneras. A decir verdad, nunca había cruzado palabra con ella, cierta timidez por mi parte había impedido que tomáramos contacto. Me compré un traje gris informal, nada moderno, ya que mi intención era viajar veintiséis años atrás y mi vestimenta no debía de llamar la atención por moderna o extraña a ojos de una persona del año 1997.

Viajé hasta esa época y aparecí, por voluntad propia, en la alameda que separaba el centro del pueblo del barrio del norte. Me adentré pausadamente, con un andar tranquilo, disfrutando del paseo por donde tantos años atrás había gastado mi vida en sueños e ilusiones, hasta que la muerte de mi madre me trajo a una realidad más cruel, más absurda.

Llegué, sacudiéndome el frío, hasta mi destino: la Taberna Urogallo. Me había olvidado del nombre por el paso del tiempo. Detrás del mostrador alguien buscaba algo en las cámaras frigoríficas. Me acerqué a la barra, la camarera levantó la vista, me miró y dijo:

—¿Qué le pongo?

Por un instante quedé maravillado al contemplar, tanto tiempo después, la belleza azul de la chica. La edad ha hecho que sepa reaccionar con premura y disimulo, así que, sin aparente convulsión, respondí:

—Un cortado, por favor.

Sin embargo, mi mente era un hervidero de sensaciones que subían desde lo más profundo de mi ser para desembocar en una nostalgia remendada de alegría que a duras penas pude contener. Cogí mi café y me retiré a una mesa que había en la esquina de la taberna, encendí una pipa y traté de volver a la normalidad, si es que eso era posible. De vez en cuando, con gran disimulo, contemplaba a la chica como el pintor que escudriña el paisaje que está a punto de pintar, sin perder detalle.

Pensé que la vida no suele dar segundas oportunidades en cuanto al amor se refiere. Pensé que, más bien, la vida insiste en recordarnos cómo fallamos y cómo es a partir de entonces nuestra triste existencia, una vez que hemos perdido la oportunidad. Pensé.